

sino de los destinatarios á quienes me he dirigido; otras son completamente voluntarias. Se escriben cosas inadmisibles, ya por la forma, ya por el fondo, verbigracia: el artículo de Luis Bonafoux, "El poeta de la Paz", que insertó *Heraldo de Madrid*. Destilaba hiel. En su perfecto derecho estaba la pluma realista al comparar á Rubén con una foca— como ella, el poeta, era ingenuo y primitivo—y hasta con un tiburón y un oso, símbolos de fuerza al fin. No desdeñamos la convivencia con las fieras y aun admiramos á los pingüinos. Pero nos molesta el sapo...

América, la hija pródiga emancipada, nos dió á Rubén Darío, el más amoroso nieto de España. Y al morir el hijo de América, la Abuela no ha sabido sino tejer esta corona lírica para la frente que aprisionó el ensueño.

J. G. O.

## PRIMERA PARTE

### EXALTACIÓN

Laudes, elegías, paráfrasis.—El poeta en la intimidad.

Á BUBÉN DARÍO

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,  
¿dónde fuiste, Darío, la armonía á buscar?

Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,  
corazón asombrado de la música astral,  
¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno  
y con las nuevas rosas triunfante volverás?

¿Te han herido buscando, en soñada Florida,  
la fuente de la eterna juventud, capitán?

Que en esta lengua madre tu clara historia quede.  
Corazones de todas las Españas, llorad.

Rubén Darío ha muerto en Castilla del Oro,  
esta nueva nos vino atravesando el mar.

Pongamos, españoles, en un severo mármol  
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:  
nadie esta lira taña si no es el mismo Apolo,  
nadie esta flauta suene si no es el mismo Pan.

ANTONIO MACHADO

## RESPONSO PAGANO

La prosa de la existencia inquieta ha devorado á un hombre que, por haber nacido bajo el pleno y amoroso patrocinio de Apolo, parecía destinado á alcanzar las cumbres de aquella noble, suave, risueña serenidad con que el poeta viejo contempla lo que deja tras de sí y saborea en vida los primeros juicios de la posteridad. Rubén Darío ha jugado con la vida como jugaba con la rima y el ritmo en sus caprichos malabarescos; y la vida—que empieza por tolerarnos todo y concluye por no perdonarnos nada—se ha vengado del que la atropellaba sin reparos, jinete en un corcel de

luminosas crenchas y sonoro resoplar, que si no era el mismo Pegaso, por palafrén digno de un rey de la poesía española le tuvimos en ambos hemisferios del planeta.

Las espinas han podido más que las rosas en las sienes de Rubén Darío, y los Caballeros de la Quimera se han quedado sin un egregio paladín. Es fama entre estos soñadores que al hacer el poeta, el artista, el sembrador de ideas, el evocador de imágenes, su entrada triunfal en los campos de perenne reposo que se extienden más allá de la laguna Estigia, le acompañan en fantástico cortejo las múltiples figuras y representaciones de cuanto amo, creó, cantó, inspiró é infundió también en los demás, durante su paso por la tierra.

Si esto es como lo tengo aprendido en mis desordenadas lecciones con los Caballeros de la Quimera, juro al Pindo que la entrada de Rubén, en "el centro de las almas" dejará maravillados á to-

dos los inmortales, por muy hechos que estén á ver séquitos raros y heterogéneas cabalgatas.

¡Lo que gozará con tal espectáculo Víctor Hugo, el amator y forjador de las grandes antítesis! Porque ¿cómo dudarle? este semidiós del Parnaso moderno será de los primeros en salir á dar la bienvenida á quien fué rendido devoto de su numen. Víctor Hugo le ofrecerá en copa de oro el néctar de los dioses; no sin que en éste sumo agasajo provoque un irónico mohín en la cara socrática de Pablo Verlaine y en el semblante alucinado de Edgardo Poe.

—¡Si fuera ajenjol!—murmurará el autor de las *Fiestas galantes*.

—¡Si fuera whisky!—susurrará el poeta de *El Cuervo*.

Andrés Bello ofrecerá á Rubén Darío el laurel clásico que regaron las aguas de Hipocrene. Don Alonso de Ercilla, la refulgente espada con que saludó, más que combatió, á los valerosos indios de

Arauco. Sendas guirnaldas de flores tropicales le brindarán los dos Heredias: el que cantó en castellano la grandeza del Niágara y el que ensalzó en francés á los conquistadores. ¿Cómo enumerar á todos los ascendientes y hermanos del poeta? Al frente del tropel hispánico irá D. Luis de Góngora.

—Venid acá—dirá el cordobés al americano—; venid y dadme los brazos, hijo mío.

Y empezará el desfile del cortejo. ¡Singular, peregrino, tumultuoso y asombroso cortejo, capitaneado por el Genio y la Incoherencia!

Junto á las flautas de oro de los efebos délficos, los clarines estridentes de Pizarro y las dolientes chirimías de Atahualpa; junto á los violines que acompañaron las gavotas de Versalles y Aranjuez, el palmoteo brutal de las "juergas" madrileñas y sevillanas; en pos de las Nueve Musas, una caterva de mozas voçingleras, entre las cuales se verá á la

Gananciosa y la Cariharta del patio de Monipodio revueltas con la "Grille d'Egout" y la "Casque d'Or" haciendo cabriolas cancanescas. ¡Toda la lira de la Poesía y toda la zambomba de la bacanal!

El poeta vendrá asentado en el mismo carro de oro, tirado por tigres á quien el Genio domó, en que el divino Baco hizo su viaje trinfal á la India. Detrás del carro, las tres Gracias lanzando rosas y jazmines, sobre el poeta. Y en pos de las tres Gracias, los Siete Pecados Capitales con el acoso de sus voces roncadas.

Princesitas tristes, princesitas rubias, princesitas lejanas, deshojando las flores de la Ilusión y el Desengaño: caballeros velazqueños atusándose el bigote; penitentes y encapuchados entonando el *mea culpa* del arrepentimiento; Cyrano de Bergerac dando brazo á Agustín de Rojas; tilingos de Buenos Aires leyendo á Rubén en *La Nación* y trasnochadores de Montmartre brindándole la

"última" botella de Champaña; ruiseñores del Generalife, y tras de ellos, las urracas de la crítica cicatera; cisnes arrogantes, los cisnes que adoró el poeta, y en pos de su cohorte majestuosa, otra de gansos, los gansos que remedan ridículamente á los cisnes del excelso cantor.

Así como en los triunfos de los Césares y caudillos romanos no faltaba el voceador de improperios, á fin de que los vítores y loores no desvaneciesen al triunfador, tampoco faltará en el glorioso cuanto abigarrado séquito de Rubén Darío la ralea servil de sus imitadores, de éstos que no han sabido imitarle más que en sus licencias caprichosas, en sus escapatorias á la turbia región de la extravagancia, sin acertar á iluminar la imitación simiesca con un solo rayo de aquel numen que hoy, depurado por el Dolor y por la Muerte, entra en la definitiva y soberana esfera de la Gloria.

Tus hados, ¡oh Rubén!, han querido que dejases esta azarosa vida terrenal

en el mismo año que conmemora secularmente la muerte de Cervantes y la de Shakspeare. Tus hados, ¡oh inolvidable amigo de toda mi amistad, oh poeta digno de haber logrado mayor y más serena fortuna en esta vida!, han dispuesto que entrases en la región de los tuyos como entraron los padres de Hamlet y Falstaff, de Don Quijote y Sancho: con el tumultuoso cortejo, ya sublime, ya prosaico, que acompaña á todas las grandezas y todas las flaquezas de esta Humanidad que ha tenido en ti admirable y envidiada, divertida y dolorida representación.

Siendo muy hombre, te acercaste á los dioses. Ellos darán á tu sombra y á tu fama la paz inmarcesible que no lograron tu espíritu y tu cuerpo en sus turbulentas andanzas por este valle donde una vislumbre de gusto y risa se paga con un raudal de lágrimas y penas.

MARIANO DE CÁVIA

IN MEMORIAM

¡Oh, fídice magnífico, dueño de la armonía;  
peregrino encantado de una selva ilusoria  
que hiciste de esta vida, pequeña y transitoria,  
la lírica entelequia del griego que en ti había!

Ungió tu corazón de luz el rey del día,  
y el alma pura tuya, selene y anactoria,  
¡soñó bajo los lirios, voló sobre la gloria,  
nostálgica de mundos, ebria de melodía!

¡Oh, príncipe, elegido de las musas sagradas!  
Ante tu fosa, el tiempo renovará los lauros.  
¡Te llevarán los cisnes hacia la mar futurál

Para ti se han abierto las elíseas moradas,  
¡para ti, que poblaste de ninfas y centauros  
los bosques mitológicos que amaba tu alma pural

RAFAEL LASSO DE VEGA.

## EL OTRO ENTIERRO

Pocas veces ya, surge un ser en el que se ve claramente la predestinación. En los talentos, en la obra de todos, se ve lo que hay de estudio, de preparación y de constancia; pero ya pocas veces se encuentra ese "algo" desconcertante, nativo, esa especie rara de instinto de ultra-vertebrado que nos detiene ante las obras de algunos hombres. Ante la obra de Rubén Darío hemos sentido siempre esa emoción extraña, esa sorpresa, ese oír un ritmo en el que, como en el de las caracolas del mar, hay un rumor de las cosas, de la profundidad, y un sentido remoto, misterioso y definitivo.

Hasta cuantas veces lo vi noté en él este modo de obrar, como delegado de fuerzas y de misterios que lo habían elegido; pero de las que él no tenía otra manifestación que la de la inspiración súbita, la inspiración fatal, la inspiración más fuerte que él, como dotada de un vigor y de una clarividencia irrevocables. Rubén Darío, al producirse usualmente en la vida, parecía representante extraño de sí mismo, y cuando en uno de sus últimos libros contó la historia de sus poesías, vimos claramente que no habían podido ser aquellos orígenes que él contaba los orígenes sobrios y maravillosos de sus versos, la rima y las sonoridades inevitables en que ellos se producían á sí mismos.

Por eso Rubén Darío, al morir, deja tras sí un eco imperecedero, porque es su poesía una poesía natural, de esas que se reproducen en la naturaleza después de creada, como la primavera, todas las primaveras, y que, como una libertad



más amplia y más espontánea, después de conseguida no puede olvidarse, y ha de contar con ella el mundo, y ha de ser un troquel necesario para toda la poesía venidera. El ejemplo, la magnificencia, el alarde, los grandes círculos con que se ha desenvuelto el verso en Rubén Darío tienen una vida creciente que le darán más vida, nueva vida cada día que pase. La mujer, por ejemplo, en la definición que de ella dieran las poesías de Rubén, fué la mujer nueva, más hecha que de lindezas tópicas, de inquietudes, de veleidades, de turbulencias, de temblores espirituales. Esa sensación de flexibilidad, de elegancia, de ternura; esas suavidades y esos matices que él dió á sus Princesas y á sus Margaritas han sido unas notas nuevas en la poesía española que han alargado y profundizado el valor de la mujer.

Precisamente ante Rubén Darío es quizás ante el único hombre ante el que la unión iberoamericana no ha sido un

mito, no ha sido una cosa impuesta á la fuerza, sino una cosa hecha carne, una verdadera concentración. El sentido español de ambos pueblos es cuando más se ha identificado en Rubén Darío, es cuando más se ha encontrado esa subterránea legitimidad del espíritu español que está latente en los países americanos.

Por eso en esta hora de su muerte parece que nos falta el muerto; que la capilla ardiente debía de estar, como la de los grandes hombres que mueren en España, en alguno de esos grandes salones oficiales, que el día de su exposición se visten con solemnes pompas fúnebres y por las que desfila todo el público que les debe una gratitud patriótica. Lo necesitamos; hemos sentido que nos resignábamos á esa lejanía y como á esa expatriación del muerto.

La muerte de Rubén darío representa un luto nacional; su entierro debía de haberse verificado en nuestra capital,

haciendo un largo recorrido el coche fúnebre, seguido por esos carruajes llenos de coronas que siguen á los entierros de los hombres ilustres; hubiéramos querido ver un entierro tan representativo como aquellos cuyo paso contemplamos entre multitudes apasionadas y doloridas, como aquel de Zorrilla, por ejemplo.

Y ya que no es posible que el muerto pase de verdad y obtenga todos sus honores en su otra patria, simularíamos un entierro fastuoso y digno, en el que una caja vacía fuese el simulacro de aquella otra en la que el poeta habrá sido enterrado.

Algo como esa evocación que suponen los catafalcos vacíos el día del funeral, para rendirle un homenaje póstumo, y que en uno de nuestros camposantos las mujeres de España pudieran arrojar flores sobre la tumba de uno de los grandes hombres más legítimos de su raza y de su lengua.

COLOMBINE.

## CREAVIT

¡Pobre Rubén, que profanada has visto  
en bajos paladares tu poesía!  
(Es el verso la sacra eucaristía  
en que se da el poeta como Cristo.)

Cantar, siempre cantar, y en la mirada  
ostentar el orgullo del que crea.  
(Todo es transformación menos la idea  
á nuestra imagen hecha de la nada.)

Rubén Darío, en ese templo inmenso  
donde cantan los astros su armonía  
para tu alma de niño, oro, mirra é incienso.

Sólo Dios es creador en su grandeza...  
Te sueño entre los dioses de la eterna poesía,  
porque creaste mundos de belleza.

ANTONIO ARISTOY.

¡HAY QUE SER JUSTO Y BUENO,  
RUBÉN!

*¡Pauvre Leian!*, se dijo de Verlaine, y Rubén lo recordaba. ¡Pobre Rubén!, digo yo ahora. Porque este otro niño grande era también, como aquél, bueno, entrañadamente bueno. Débil, entrañadamente débil. No podía consigo mismo. Y paseó por ambos mundos su pavor ante el misterio y su insaciable sed de reposo para ir á morir junto á su cuna, él, el hombre de todos los países, cuya patria no era de este mundo.

Conocí y traté á Rubén; no lo bastante. Conservo de él una docena de cartas, en algunas de las cuales se ve al hom-